

¿Qué pasa con Osoro?

Sin duda alguna, nuestro Arzobispo ya es bien conocido en toda la Diócesis. Su voluntad de participar de los últimos meses le han llevado casi a todos los rincones. Ha recibido a centenares de sacerdotes, dictado conferencias, animado retiros y encuentros de oración con jóvenes. E incluso se ha entrevistado con lo más granado de la sociedad civil valenciana. Se ha dejado ver en la calle e incluso celebra con cierta frecuencia sin mayor protocolo en la Basílica. A estas alturas se supone que está ampliamente informado del estado de su Archidiócesis, de los problemas más urgentes y de las personas más adecuadas para completar el organigrama diocesano. En cuanto a lo civil se entiende que tiene claro cuales son los “charcos” que no debe pisar, ni repetir viejas connivencias peligrosas. Esperemos que no se le olvide que viene de tierras lluviosas.

Entre el mundo clerical existe un consenso bastante amplio en torno a la personalidad de Don Carlos: las formas claramente han cambiado. La accesibilidad fraterna es una de sus riquezas. Aunque algunos cuentan que parece que hay un cierto retroceso. El entusiasmo de los primeros tiempos está dando paso a una nueva etapa. El móvil y el email personal ya está reservado solamente para los elegidos. Y esto es normal. Asturias es una comunidad mucho menor que Valencia. Que quede claro y no se ofendan mis parientes asturianos. En términos clericales, en la Archidiócesis Valentina, los sacerdotes todavía se cuentan a centenares. Por eso, el trato directo necesariamente pasará a ser mediatizado. El problema deberá ser cuidar esa “mediación” tan importante para que nadie se sienta ninguneado. Y, sobre todo que la “mediación” no sustituya en absoluto al actor principal. En el cine valen los “extras”, pero no en la Iglesia. Ni tampoco las mediaciones debieran fomentar las aquellas tristemente famosas “mesas camillas”. En cualquier caso, espero que para monseñor Osoro, el trato directo con sus sacerdotes siga siendo una prioridad.

Me dicen algunos curas amigos que ya ha llegado la hora de la serenidad y de la toma de decisiones. Menos fotos en el periódico diocesano. Algunos las cuentan semanalmente. Actos y actos de todo tipo, que restan la necesaria frescura y reflexión para este tiempo. Un Arzobispo claro que no es una “fallera mayor”. Debe aprender a delegar lo delegable y asumir lo razonable. Nadie niega su capacidad de trabajo, pero la dispersión genera dudas y perplejidades. No deseamos encontrarnos con “más de lo mismo”.

El curso avanza inexorablemente y la sensación de provisionalidad está presente en los lunes clericales y en las sacristías. Los críticos empiezan a ponerse nerviosos ante “tanto ruido y pocas nueces”. Les empieza a sonar a rancio y “deja vu”. Se ve necesario que tome la iniciativa seriamente o, de nuevo, renacerá el desafecto y el alejamiento. “No damos luz”, me confesaba tristemente un amigo sacerdote, después de escucharle en una reunión. Le daba la impresión que en el fondo no quería prestar oídos, sino imponer sutilmente sus propuestas. Rodéese de gente que le diga lo que piensa, no lo que usted quiere oír. La adulación palaciega es nefasta. Su estrella no se ha apagado, pero podría apagarse.

En cuanto a los nombramientos, un buen número de sacerdotes piensa –como siempre suele suceder– que debe mover ficha seriamente, y que incluso algunas que ha movido debe removerlas. Es evidente que no tiene claro todavía su equipo

diocesano en conjunto. Posiblemente esto sea normal. Ni tampoco el sistema de juego. Me parece haber leído que quiere jugar más con la figura del Arcipreste que con la de los Vicarios Episcopales. Interesante este amago de juego total. Pero entonces tenía que haber empezado por visitar los Arciprestazgos, o al menos unos cuantos muy significativos de cada zona, e informarse directamente de la vida y actividades, pobreza y riquezas de los mismos. Incluso de su funcionamiento o no como equipos de trabajo. Espero que pueda reciclar la cantidad de información al respecto que le habrán dado las muchas entrevistas con los sacerdotes. Más allá de la cordialidad está la reflexión seria y profunda sobre lo que se quiere hacer, cuál es el Proyecto y hacia donde se encamina la Archidiócesis. Estamos en un momento de gracia y una oportunidad. Todos tenemos que contribuir a este coyuntura crucial. Desde esta perspectiva lo escribo, aunque alguna de estas cosas le suenen a consejos innecesarios o críticas.

José Luis Ferrando Lada

Profesor en la Uned